

# EL PORVENIR

## PERIÓDICO CARLISTA

Se publica los miércoles.

Administración: Bajada de Carmelitas, núm. 1

á donde deberá dirigirse toda la correspondencia.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre, 1 peseta; un semestre, 2 id.; un año, 4 id.; número suelto, 0,10 id.

Pago adelantado.

TARIFA DE ANUNCIOS

En tercera y cuarta plana, á precios módicos.

Por ajuste de trimestres completos, se hará el 15 por 100 de rebaja.

### ¿ESTARÁN LOCOS?

Todo es inútil para evitar la desgracia nacional que se cierne sobre nuestras cabezas: ni el pasado que consignó la Historia de las vergüenzas sufridas sirvió de obstáculo al intento, ni la costumbre tradicional en sentido contrario impide que se fomente el propósito, ni las violencias que ha de sentir la fe religiosa de la Nación importan un bledo á los aulicos alcahuetes de la empresa; si España se pierde, que se pierda, aunque se pierda sin honra. El alma del negocio está por cima de todos los intereses comunes, y las conveniencias de la Patria, y sus gloriosas intranquilidades, y sus deleites más puros, son como si no fueran para la taifa vil de dignatarios estampilladores, nobles á lo Sancho, estadistas á lo Meco y ricos á lo Caco.

Esos, los que hoy privan, los que adulan, los venales, los que colocan el pundonor en la peseta y en el destino, los que se esponjan al contacto de las humedades que se rezuman de los depósitos del sudor y de la sangre y de las lágrimas y de los sacrificios ajenos, los que convierten los poderes en mostrador, las humillaciones en escalera para el ascenso, la lisonja en asidero para medrar, y especulan con el honor nacional reduciendo la bandera patria á miserable guñapo, esos son los que traen y llevan y acarician y ensalzan los proyectos de boda de un rey católico con una mujer ritualista, de padre cismático, de abuelos judíos, de ascendientes deicidas, no conversos, que han especulado con el cambio de fe religiosa como se negocia con el oro y con lo que lo vale, como se negocia y se cambia el franco y el marco por la peseta, ó la peseta por el franco, y el marco según conviene.

¿Qué hemos de poder nosotros con esa avalancha de eunuocos y afeminados, á quienes ampara hoy la bayoneta obligada y el tesoro público, el letargo del patriotismo, la indiferencia del pueblo, el agio de los manchados con el inmenso latrocinio, ni qué hemos de desvanecer la atmósfera creada por ese montón de carne grisienta sin espíritu en derredor del ídolo de sus concupiscencias? Nuestras voces se pierden en el vacío; no nos leen, no nos oyen, nos desprecian; sólo Dios, que mira desde los cielos la recta intención que con él nos mueve, conservará como premio nuestra memoria, para recriminar el llanto de los que ahora duermen ó gozan, cuando les veamos recoger el fruto de otras vergüenzas que ellos preparan hoy con su silencio ó su aplauso.

La boda funesta, inverosímil, absurda y todo, aseguran que será muy pronto un hecho. Las Hamadas á la cordura de las gentes, nuestras invocaciones leales á la reflexión y á la prudencia, las observaciones de la prensa genuinamente española y católica que ha probado lo disparatado del proyecto, se achacan al prejuicio, al cálculo malicioso, á la ignorancia, al fanatismo, á la enemiga contra la rama de la familia constitucionalmente encumbrada en el reino, á cualquier cosa menos al noble deseo de favorecer á España. Los políticos del desastre más ignominioso que ha sufrido la nación, son los que fomentan las juveniles ternezas del novio; los estadistas que firmaron el despojo sacrilego de la patria, auguran ventajosas grandiosas en ese matrimonial enlace; esa prensa del perpetuo fraude, la prensa de apetito lunático, que invariablemente se muestra del lado del negocio, vislumbra en los desposorios, con el telescopio poderoso de su imaginación, enardecida por espíritus extraños, lo sé, qué risueñas perspectivas, porque Inglaterra es liberalisca y grande de garra, como pueden atestiguarlo las repúblicas sudafrieanas. De manera que con esa jauría de lebreles, propaladores, fautores, estadistas calamitosos, políticos nefastos, prensa catuliente y mercenaria, que son los coreadores de las nupcias, debería bastar para que España entera las mirara con recelo; pero los ladridos vencen y las conveniencias se ahogan. Ha gritado la España de Otumba, pero de ese grito se burla la España de Cavite.

¿Qué hemos de hacer, desde que nos convencemos de que nuestro esfuerzo no ha de proporcionarnos otra cosa que la pena de ver defraudadas las ansias de nuestro corazón de que España volviera sobre sí, para remediar sus últimos errores? ¿Qué hemos de hacer, cuando los mismos que pasan por celosos defensores de la hermosa inflexibilidad de las tradiciones y

costumbres patrias y, sobre todo, de los procedimientos católicos, ó no hablan amordazados por el temor, ó hacen causa común con los incrédulos, reformadores y laxos?

El argumento a quienes en que se guarecen, consiste en decir que la gracia de Dios es de una eficacia maravillosa con la que se mudan los corazones, hasta hacerse santos. Claro es que, si Dios lo quiere así, puede ser; mas aunque estamos en días de Carnaval, ya se ha hecho inútil el uso de la careta. Ante el «si me caso me convierto, pero no me convierto si no me caso», ¿quién habla con sinceridad de la divina eficacia del medio que emplea Dios para purificar las almas hasta hacerlas reinas de su gloria? Golpea la gracia sin cesar á la puerta de los corazones, y si de ella se reconocen fieles servidores, no la contestan con un «espera», sino que luego se abren. ¿Dónde está la fuerza, la virtud, el afecto de la conversión, en quien responde á la gracia con un «espérate que me case»? Contentadizos con exageración, y no celosos de la fe, se necesita ser para dar por bastante lo posible, cuando en el orden regular de los sucesos humanos es imprudente fiarse por completo de lo probable, y se padecen fiascos en lo que parece seguro. ¿Es la fe ó es otra cosa lo que os mueve á esa clase de esperanzas y de peregrinas apreciaciones? Malo es, muy malo por lo atormentador, haber causado con la palabra de Dios, tergiversada, daños que duran siglos por la conquista del placer de un día, y aun peor, el remordimiento de haber faltado á sabiendas á la conciencia. A quien así se porte, Dios le perdona.

Pero con las defecciones de éstos y las adulaciones de aquéllos, con los fines de burda negociación á que aspiran los primeros, y las miras de afianzarse las benevolencias altas á que tal vez aspiren los segundos; con el repudio denigrante de tantos títulos como olvidan para presentar rostro halagüeño á lo que daría faz de ruda aversión la venerable antigüedad española, por oponerse á su historia, y á su credo; amando como parece que aman el peligro de extranjeras intervenciones en lo que más domina en los hombres; sean reyes ó plebeyos, ¿qué podemos nosotros prometernos y qué juicio formar de esa conducta desatentada, que posterga el pasado glorioso por el mañana incierto, que rinde honores de amistad á plantas detentadoras, que sin precauciones, sin escrúpulos, lisa y llanamente, se adhiere á novedades radicadas de doctrina, sin temor á herir de muerte en España la única idea que todavía es común, y que por serlo quizá esté llamada á salvarnos?

No, no esperamos nada; nos consideramos por ahora vencidos; la fieta del indiferentismo clavó sus zarpas de acero sobre los poderosos; y cuanto á las obras, no hemos tampoco de formar juicio, porque está há mucho tiempo formado. No permita el cielo que la nación española haya de ser juzgada como apostata, que de los hombres que tan mal y neciamente la llevan, escrito está que «Dios á quien quiere perder, primero lo enloquece.» ¿Estarán esos hombres locos?

### DIALOGO ACERCA DEL MAL MENOR

—Te confieso, me decía un amigo hace poco tiempo, que no veo con claridad esa doctrina del mal menor; he leído con asiduidad la Prensa católica, y las defensas de los Padres de la Compañía, y sólo percibo que la teoría es difícil y trascendentalísima.

—Y tanto que lo es; como que se funda en una relación y esta categoría del pensamiento todo lo abraza: el tiempo y el espacio, lo sustancial y accidental, la materia y el espíritu, la vida y sus manifestaciones. Quien conociera el mundo de las relaciones sería el hombre sabio por excelencia, ó por mejor decir, no sería hombre, sería ángel, si no es que se necesita para eso ser Dios. Pero de la relación del mal en cuanto á su licitud, sea mayor ó menor, creo que han hablado bastante la religión y la ciencia para formar un juicio tan claro y preciso como se necesita para regular nuestras acciones.

—Te estimaría me iniciaras en la doctrina, pero en esos términos á que aludes, y si pudiera ser breves, para comprender de algún modo la fuerza de los razonamientos.

—Eso no lo ofrezco, porque no podría cumplirlo, pero explicaré esa teoría como la he comprendido y como mejor pueda, sin asegurar que será del modo que tú la pides ó necesitas. —Agradezco tu buen deseo, admito el ofre-

cimiento, y para no divagar, perdiendo tiempo, empiezo por preguntarte:

—Cuando concurren dos males, uno menor y otro mayor, ¿es lícito elegir el menor para evitar el mayor?

—Cuando se trata de mal moral nunca es lícito.

—¿Y qué es el mal moral?

En el número 16 de EL PORVENIR lo tienes explicado; pero en dos palabras te diré que el mal es privación del bien, y cuando la privación es de la salud, de un miembro, etc., se llama físico, y cuando la privación es de la debida rectitud en las acciones humanas se llama mal moral ó pecado.

—¿De modo que, en la teoría del mal menor, se trata del mal moral ó pecado?

—Sin duda, porque se trata de acciones humanas; de modo que tu pregunta puede sustituirse por ésta: ¿Cuando concurren dos pecados, uno menor y otro mayor, es lícito elegir ó cometer el menor para evitar el mayor? Y como nunca es lícito pecar, resulta lo que te dije antes, á saber, que cuando se trata de males morales, esa elección del menor, nunca es lícita.

—Aún me queda una duda. Si eligiendo el menor evitamos el mayor, y de no hacerlo se cometen ó realizan los dos, ¿no será un bien relativo haber evitado uno de ellos?

—De ninguna manera. No pierdas de vista, ó mejor no se borre de tu memoria, que el mal moral es un pecado y que no se puede cometer uno para evitar otro.

—Dame una prueba de esto y me basta.

—Tienes la autoridad de Santo Tomás que dice: «El hombre no debe cometer un pecado para evitar otro.» Y si esto no te basta oye á San Pablo: «No hagamos males (pecados) para que vengan bienes.» Además, eso de que ejecutando una acción moralmente mala, aunque se evite otra peor comparada con la que se ejecuta, sea un bien, es un absurdo tal ó tan grande que no puede admitirlo la razón; es un verdadero imposible que nunca podrá realizarse. Escucha.

Dice Santo Tomás en la Suma Teológica, y yo mismo lo he leído, porque me lo recomendó uno que sabía de estas cosas, y no sólo lo leí, sino que aprendí el pasaje de memoria; dice Santo Tomás que «subtrahit eo, quod dat speciem rei, resolvitur species, et res non potest eadem remanere, lo que significa, en mi sentir, porque no estoy muy fuerte que digamos en la lengua de Cicerón, que la especie deja de ser y, por consiguiente, una cosa no es la misma, si se prescinde ó quita lo que la constituía en tal especie; principio luminoso que aplicado á nuestro caso, no deja lugar á duda.

—Pues te aseguro que á pesar de la traducción, y no obstante su claridad, me parece bastante obscuro el principio, y te ruego que lo expliques algo más.

—Te lo explica el mismo Santo al decir: «Si se quita la forma del cuerpo natural, ya no permanece el mismo, según su especie.» Si recortas convenientemente un papel redondo, dejara de pertenecer á la especie de círculo, para convertirse en rectángulo, cuadrado ó la forma que le pongas; si la imagen de un león la sustituyes por la de una pantera, dejará de ser león y pasará á representar otra especie, y así siempre que se quita una forma propia, desaparece la especie y deja de ser la cosa lo que era antes.

Pues bien; la forma del pecado consiste en el apartamiento de Dios, ó sea de la ley eterna, que es la regla primera de todos los actos humanos, de los que es regla próxima la razón humana conforme con aquélla. Toda operación humana conforme con la recta razón, es, por consiguiente, buena, y la que se aparte de ella, forzadamente mala.

—¿Pues no dices que son dos las reglas de nuestras operaciones?

—Sí, porque lo son, á saber; la ley eterna y la razón humana. El pecado se considera principalmente por el teólogo, en cuanto es ofensa contra Dios, y por el filósofo en cuanto es contra la razón, pero coinciden tan exactamente, que la acción contraria á la una lo es también á la otra. Por eso dice el Santo que «es de la misma razón que el vicio y el pecado sean contra el orden de la razón humana y contra la ley eterna». De modo que al decir que una acción es contraria á la recta razón, es lo mismo que afirmar que se aparta de las dos reglas. Se necesita, no obstante, esta división, porque la regla de la razón no alcanza á medirlo todo, como son las cosas pertenecientes á la fe.

—Ahora lo que no entiendo es qué relación guarda esto con el mal menor, que es de lo que se trata.

—He querido contestar la observación que me has hecho sobre las reglas de los actos humanos; pero volveremos á la cuestión.

El mal menor no es más que un acto humano malo; es acto humano por ser voluntario; es malo por faltarle la proporción ajustada á la medida, y es menor en relación con otro, con el cual se compara. Omitiendo otras consideraciones en la ocasión innecesarias, comprenderás que cualquier acción humana, perfectamente ajustada á la recta razón, es buena y, como tal, se califica; por el contrario, toda acción desordenada ó que se aparta de esa regla, se llama y es mala; si hubiera otra acción todavía más apartada de la regla, se calificará de peor, y otra de pésima.

—Si que lo comprendo, porque este lenguaje es el usual y corriente.

—Pues entonces seguiré. Al bien ó á lo bueno, se opone lo malo, como al calor el frío, como á la luz las tinieblas; y porque haya diversidad de grados de calor ó de luz ¿les llamarás frío y tinieblas? Si el mal menor es acción desordenada, ¿cómo puede recibir el nombre de bien relativo, porque se compare con otra todavía más apartada de la recta razón? ¿No es esto confundir lastimosamente el lenguaje y la doctrina?

—Tienes mucha razón; la acción menos distante de la regla será menos mala, pero mala, y lo malo ni es ni puede llamarse bueno.

—Perfectamente; pero admite, por hipótesis, que lo fuera. Entonces estaría conforme con la recta razón y dejaría de ser mal; ó como dice el Santo, perdería su especie y la cosa no permanecería la misma, de donde se deduce que llamar al mal menor bien relativo es un absurdo ó un sofisma.

—Convencido.

—Pues medita ahora las consecuencias que se deducirían de sostenerse este absurdo, haciendo aplicación á la política y al orden social.

—No te molestes en hacer aplicaciones, porque se ven con luz meridiana.

—Pues esto no lo querrán ver sus partidarios, creyendo que todo quedaría reducido á transigir con el Partido conservador ó con el liberal católico. Pero como la lógica es inflexible, sacaría hasta el último hilo de la trama, que sería la destrucción inevitable de todo el orden moral.

—Mi última pregunta: ¿es aplicación del mal menor lo que se pretende llevar al caso concreto de las elecciones? Y en caso afirmativo, ¿cómo personas ilustradas y virtuosas lo aconsejan?

—Otro día, si hay ocasión, hablaremos de esto. Basta hoy dejar sentado que la teoría del mal menor es errónea en sus principios y funestísima en sus consecuencias.

### DISCURSO INTERESANTE

(SONADO)

«Excelentísimo Señor: El Ayuntamiento de la Ciudad de los Concilios, de la Imperial Ciudad de San Ildefonso, que tengo el honor de presidir, acordó en una de sus últimas sesiones honrar la memoria de un clérigo sistemático, literato calenturiento que denominó al dogma católico invención opresora y aplicó al Clero las genialidades del Quijote en algunas de las escenas de éste que hablan de animales. Haría poco honor á mis convicciones si ocultara á Vuestra Excelencia que esta decisión me lastimó hondamente, porque yo he odiado siempre los empeños inoportunos y jamás fué de mi agrado el aparato de relumbrón y la sosa facilidad de tocar la panderá para divertir á los enamorados, que se ciegan perdidamente de las medianas beldades; y mucho más que, uno de los extremos del acuerdo, ni huele á Toledo, ni suena á Concilio, ni sabe á San Ildefonso, ni tiene visos de honor, porque no es honor la inconsecuencia, ni la traición, ni la injuria.

Me dará la razón el Excelentísimo Cabildo Primado de las Españas al saber que se trata de honrar á Navarro Ledesma, el autor de las diatribas de Romanones contra la intervención de la Iglesia en la enseñanza y de aquel exabrupto de odio que confundió, en Alcalá de Henares, á la clase Sacerdotal con el ato de ovejas de una de las aventuras fraguadas por el ingenio de Cervantes; y mucho más al decirle que, según ese acuerdo, en la fachada de la Santa Iglesia



Catedral en que posó la planta de la Virgen, se pondrá una lápida honorífica con gruesos y dorados caracteres que cambien el nombre de la calle, que antes se llamaba Arco de Palacio, y ahora está consagrada y se llamará de «Navarro Ledesma».

— ¡...! — No me interrumpáis, Excelentísimo Señor, que bien se me ocurre lo bárbaro que es el proyecto, lo desacertado que estuvo El Día de Toledo para proponer cosa semejante, y lo inconcebible, lo inaudito, lo indigno de la aquiescencia de los Concejales que pasan por católicos y no tuvieron una sola palabra de oposición a proyecto tan impío como insensato. Me avergüenza, Excelentísimo Señor, pensar que esas paredes consagradas por la piedad y por el rito cristiano a separar de lo profano y vil, con muralla de piedra, casa para el Dios de cielos y tierra, hayan de servir de sostén a glorificaciones de incrédulos, y la imaginación inquieta y atormentada me pone delante a los Reyes godos y castellanos con la espada fuera de la vaina, amenazando herir a los profanadores de un lugar respetado por toda clase de ideas más de quinientos siglos. Los Eugénios y los Eladios, los Jiménez de Rada y los Rojas, los Cisneros y Lorenzanas y cuantos sucesores tuvieron en la Mitra de Toledo, se me presentan levantándose con ira santa de sus tumbas, moviendo sus manos descarnadas, no para bendecir según acostumbraron, sino para maldecir a las sacrilegos que sueñan con enaltecer, junto a las tumbas en que reposan, la memoria de sus ultrajadores.

— Nada me digáis, Excelentísimo Señor, porque hay calabazas de muchos tamaños; si la ejecución de este acuerdo ha de motivar reclamaciones, habremos de desistir; porque en la fachada de la Catedral se despegue esa lápida en mal hora pedida y en peor concedida. ¿Pero dónde la pondremos? ¿Acaso en la fachada del Palacio?

— Indudablemente Su Eminencia Reverendísima dirá que si no hay más calles en Toledo, dado caso de que no pueda prescindirse por completo del acuerdo. ¿Cantar un trágala al Primado de las Españas por solicitud de un día habiendo tantos en semana? ¡Oh! con cuántas ganas me quedo de abrasar la estopa de algunas cabezas con la llama de encendido apóstrofe. Yo les diría si la circunspección del cargo no lo vedara: Atortolados del plagio, ¿creéis que un plan de dignificación no abarca otras combinaciones que la vana puerilidad de unas líneas, trazadas por expansión inocente en artículo de campanario? ¿Creéis que las peticiones de imitación vulgar, dirigidas a Corporaciones respetables, carecen de compromisos que ni salvan las ínfulas indigestas ni las pretenciosas exhibiciones? ¿Qué queréis, que el honor de un anticlerical se selle en un edificio habitado por el príncipe de mayor jerarquía en la Iglesia de España? Puestos a pedir, ¿por qué no habéis pedido que el Cardenal Primado lleve sobre sus hombros la lápida de honor de Navarro Ledesma? Vosotros que sois tan valientes, ¿por qué no ponéis ese cascabel al gato? Ea, la Catedral ahí está, el Palacio ahí está; los que alardeáis de atrevidos y despreocupados, id a poner la lápida, en honra de un heterodoxo, en edificios que no son del Municipio, ni del Estado, sino de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, contra la que vivió, habló y escribió Navarro.

— Excelentísimo Señor, dispensad que los deberes de mi espinoso cargo me hayan obligado a proporcionaros el disgusto de recordar a Vuestra Excelencia que, en Toledo, hay al presente hombres que encienden muchas velas; hombres que desean dar gusto a todos; hombres que, saliendo de lo asendereado, ni saben dónde se meten, ni los enmarañados zarzales en que enredan a quienes cometen la torpeza de darles oídos.

En dicho, ó no he dicho nada: lo que agrade a Vuestra Excelencia.

Por la copia del sueño, El Bachiller Céspedes.

MIERCOLES DE CENIZA

Despota a quien de rodillas vasalló el pueblo saludado, y tú en vez de darle ayuda hierros y dolores das, endiosado en ara impia, erguirte hasta el cielo, quisieras... Recuerda que polvo eres, y en él te convertirás. Poderoso intransigente que pones toda tu fuerza en que el derecho se tuerza del lado por que tú estás, bien que no estés en lo justo ni en lo falto te moderas... Recuerda... Legislador, cuyas leyes, leyes no son, sino amaños con que a los débiles das, y a los fuertes favor das, siendo por derecho iguales todos los humanos seres... Recuerda... Juzgador, que al mundo juzgas la ley consultando apenas,

pues casi siempre condenas a Cristo por Barrabás, esgrimiendo fiera espada y cuando no matas hieres.... Recuerda.... Rico avariento que sangre y lágrimas chupar sueles en guerra, cuyos laureles triunfos son de Satanás, y cuyos despojos luego del tahir son los haberes.... Recuerda.... Vengativo y sanguinario, espadachín que te lanzas a satisfacer venganzas con humos de fierabrás, y ser más fuerte que todos porque los vences inferiores.... Recuerda.... Casquivano, libertino, que del vicio en el sendero gastas salud y dinero y el honor gastas quizás apurando la vil copa de los funestos placeres, Recuerda....

Católico y Apostólico, y aun romano mogigato, que cuando no eres Pilato Anás eres ó Caifás, y de Dios la causa tomas por lonja de mercaderes.... Recuerda.... Hermosa mujer, que tanto te acuerdas de la materia y con tu hermosura en feria el alma vendiendo vés de perdición, siendo guía, para las otras mujeres.... Recuerda....

Mundo, pecador resumen de cuanto se piensa y siente ceniza pon en tu frente que bien menester lo has; si oropeles son tus glorias y flaquezas tus poderes.... Recuerda....

Mateo Calderón y Hernández.

CAÑONAZOS

El Universo se ha propuesto hacer simpático todo aquello que pueda decir alguna relación con los inquilinos del Palacio de la Plaza de Oriente, y lo consigue. Tanto que, a EL PORVENIR, cuya política es tan clara y definida, le tiene ya vuelto el juicio con tales señores, hasta tal punto, que el día menos pensado aparece haciendo una profesión de reconocemientismo, y se convierte en el periódico más mestizo de los que, hasta la fecha, han visto la luz pública con tal carácter. Hasta ese punto llegas en tus conquistas, Universo de las entretelas de algún necio. Pero no resoples de gusto, reconocemientero descarado, ni tomes en serio lo que he apuntado, porque ¡abandonar EL PORVENIR su puesto, hacer abdicación de sus ideales, seguir el equivocado camino por donde tú diriges tus pasos... No lo verán tus ojos, Ana-María.

Y no se para en barras el mestizo diario para conseguir su ideal. Es necesario para ello jalearse un viaje y dar a sus lectores una serenata de bombo y tambor, se la da; exige la ascensión del objetivo que pretende celebrar una vulgaridad salida de determinados labios; la celebra; es preciso aplaudir como ocurrencia feliz una ligereza juvenil ó una chiquillada de mal gusto, la aplaude; es necesario meterse en la cocina, cual chismosa desocupada, para después contar a la vecindad lo que come D. Fulano, pues se mete.

La cuestión es el negocio, y hacerse simpático y agradable a ver si cae algo que merezca la pena, y a vivir. ¿No es eso, Universo? Compadre, que afinas bien el lápiz, como diría algún chulo de primavera.

Pero por muy contento nos podríamos dar si sólo esas sandeces y vulgares adulaciones ocuparan a tan fresco diario. Se mete en cosas más hondas, y por cierto ¡qué bien tratadas, con qué originalidad y con qué claridad expuestas!

Ahí va la muestra, y no es un botón. Días pasados, y con motivo de la tan debatida cuestión referente a la religión profesada por la prometida de D. Alfonso de Borbón, nos larga un artículo sobre el ritualismo anglicano, y ¡qué artículo!, nos ha dejado patitiosos.

Principia en él afirmando que la familia Real inglesa es ritualista, lo cual no es verdad; y sentimos, conste, amargar tu existencia con nuestras palabras; pero, amigo mío, así no se miente.

Más pudor y más consideración al público, señor mestizo.

Y lo más salado en este artículo es que ni es de su cosecha ni salido de su fecundo magín. Es extractado de la revista Etudes, publicada

en París y redactada por franceses, y sin embargo nos dice que es de una revista belga de donde ha tomado los datos para su tan cacareado y anunciado artículo. Muy bien hablado. Desde hoy ya saben nuestros lectores que París se encuentra en Bélgica, que los habitantes de dicha ciudad son súbditos del Rey Leopoldo II y que este Soberano está haciendo la mudanza al Palacio del Eliseo.

Dime, Universo, supongo, según lo que tú dices, que París lo han trasladado a Bélgica, ¿en qué lo han llevado, en automóvil ó en carreta? ¿Y la torre Eiffel, qué la ha trasladado al-gún mozo de cuerda? ¿Qué es un objeto tan portátil como la Giralda de Sevilla, haciendo uso de la frase de la señorita del cuento? Universo, aprende antes geografía y evitarás dislates tan tremendos.

Nada te decimos con respecto al nombre del autor del artículo a quien llamas Doisé fir-mándose él Doizé. ¡Qué bien te viene y con qué oportunidad consignado el versito que te dedica el Siglo Futuro a este propósito: ¡Pobre Universo! A mi ver tu locura es singular. ¿Quién te ha metido a extractar lo que no sabes leer?

Y a más del fin principal que dejamos apuntado, ¿qué otros te propones con tantas ternezas para con el ritualismo anglicano? ¿Agradar a la Princesa de Battenberg? Pues ¿por qué no dedicas también un parrafito a la religión judía? ¿Cómo no procuras hacer simpáticos a todos los de esa raza que en su frente llevan el ominoso estigma del deicidio? ¿Qué no son por ventura los judíos actuales hijos de aquellos que dijeron al primer partidario del mal menor ¡crucifícale, crucifícale!, caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos? Procura hacer algo simpática a esa raza mal-dita, a la que odia el mundo entero, porque sangre judía corre también por las venas de la Princesa de Battenberg.

Toma nuestro consejo, y puesto que procuras hacerte simpático en las grandes alturas, toca este resorte, que acaso pudiera darte resultado. ¿Por qué no haces también una apología del baile?

Continúa el reconocemientero Universo habiéndonos del ritualismo anglicano, en cuyas capillas hay imágenes, crucifijos y profusión de monogramas del Iesus hominum salvator, que se escribe I. H. S., con lo cual dice lo contrario del articularista de los Etudes y demuestra El Universo que no sabe una palabra de griego, pues la letra que a él le ha parecido hache no es otra que la eta (e) del alfabeto de dicha lengua; y para redondear su pensamiento nos suelta lo siguiente:

Los ritualistas tienen también sus Comunidades Religiosas: la citada Iglesia de Oxford está a cargo de los Padres de la Misión de San Juan, que visten traje talar con sotana negra, y se titulan Cowley Fathers (Padres Capuchinos). Saltó el toro y dijo... muuuu. ¿De dónde has sacado semejante disparate? Estas empolladas en inglés mestizo, por no decirte otra cosa. ¿No sabes que Cowley es un nombre local? Mejor te sería haberlos llamado padres va-queros y haber solicitado una plaza en su vacada.

Y para finalizar este largo tiroteo, Universo, aprende el Credo! que por tu artículo vemos que, a pesar de titularte periódico católico, no sabes ni lo necesario para salvarse. A quién se le ocurre sino a tí, alma de cántaro, sandío de primo cartello, petulante descarado, enternecerte como vieja lacrimosa, y sor-viendo las destilaciones nasales, y limpiandote tus húmedos ojos, con la punta del asqueroso mandil con que cubres la vergüenza de tu mesticería repugnante, decir que los ritualistas cantan el Credo y que el Credo que cantan «contiene la profesión de una Iglesia Santa Católica y Apostólica (pero no romana)», y añade lo último para que resalte la diferencia que él imagina existió entre el Credo católico que se dice en la Misa y el que dicen los Capuchinos protestantes.

¿Dónde has aprendido tanto, picaron mestizo? Oye, ignorante, el Credo de la Misa latina dice: Et unam sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam; lo mismo dice el de la Misa gótica que diariamente se celebra en esta ciudad; el Credo del Catecismo dice: Creo en la Santa Iglesia católica, en ninguno se lee romana.

Dime, Universo, ¿son protestantes el Credo de ambas Misas latina y gótica y el Credo del Catecismo? ¿Lo somos también todos aquellos que en nuestras oraciones recitamos el último? Si dices que sí, te llamaré calumniador; y si dices que no... te recomiendo estudies el Cate-cismo, que buena falta te hace.

La existencia de confesonarios en las capillas del ritualismo anglicano también enternece y entusiasma al Universo.

Ten juicio, Universo, ten juicio. ¿De qué prestigio iba a estar rodeado el Santo Sacramento de la Penitencia si fuera administrado por Sacerdotes a los que, al apartarse del Santo Tribunal, hubiera que decir por adiós Padre mío, y tenga la bondad de aceptar estos bombones para elorro?

LA FIESTA DE LAS MASCARAS

(Conclusión.)

Lo que en Grecia, aconteció en Roma. El pueblo gozaba en las Lupercales (caza de lobos), que se celebraban en honor de Luperco ó Pan Luceus.

Se cree que Evandro instituyó esta fiesta, aunque Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso afirman que las llevó de Arcadia, su patria. Según Plutarco las establecieron los romanos el 15 de las Kalendas de Marzo, cuya fecha viene a corresponder al 15 ó 16 de Febrero.

Durante estas fiestas, multitud de hombres con ligeros trajes, ó completamente desnudos, se divertían en flagelarse, produciendo en los concurrentes la consiguiente algazara con su desnudez impúdica.

Con las turbulencias de la República cayeron en desuso, restableciéndolas después Augusto con la pueril limitación de que no se permitiese salir desnudos a los jóvenes que no contasen catorce años. Así alcanzaron a los tiempos de Constantino, concluyendo el 496 con la entrada de los turcos en Constantinopla.

No faltan autores que derivan nuestro Carnaval de las Saturnales, cuya institución se desconoce. Créese que las estableció Tulo Hostilio para conmemorar la victoria alcanzada sobre los sabinos. Atribúyense con igual fundamento al dictador Posthumio Regilense hacia el año 247 de Roma por haber derrotado a los latinos. El espíritu religioso que en el principio dominaba en estas instituciones, y hasta su mismo nombre, hacen más probable la opinión que considera a Jano como su autor, en justo agradecimiento a Saturno, que le había dado interesantes noticias de agricultura.

En el principio duraban un día; Augusto las extendió a tres; Calígula aumentó el cuarto llamado juvenalia, y, por último, se prolongaron hasta siete, y en ellos quedaba prohibido el ocuparse de los negocios.

Tal vez en el fondo de estas diversiones se encontraba algún pensamiento profundo y hasta alguna idea religiosa. Los magnates estaban obligados a pagar las deudas de sus amigos insolventes, de sus clientes pobres, y éstos a su vez a obsequiar a sus amos con algunos regalos, Xenia, como coronas de hojas, granos de incienso y otros objetos insignificantes. Se jugaba a los dados, aunque solamente de nueces y otras bagatelas.

Cuando la inmoralidad invadió a las masas se corrompieron estas fiestas, convirtiéndose, como todas las demás, en inmundas orgías. Tales eran en la antigüedad; de ellas, sin embargo, parecen dimanar las que en posteriores tiempos se han celebrado y que han llegado hasta nosotros con accidentales variaciones.

En la Edad Media revisten un carácter peculiar de la época, amalgamando en ocasiones punibles excesos con un pensamiento religioso, y concluyendo en todas partes el primer domingo de Cuaresma.

Venecia, Florencia y Roma, son célebres en la historia por la ostentación que han desplegado en sus carnavales. El Viernes Gnocolare de Verona y el Mocolletti de Roma son singularmente ponderados, no lo es menos la procesión de los carros que en el último domingo de Cuaresma se dirige al monte Testaccio.

Florencia, como antes Atenas, desplegaba en su Carnaval todo el lujo de sus artes. No era extraño, según dice Vasari, ver comparsas de 24 y 30 parejas de caballos ricamente enjaezados: sus jinetes vestidos con alusivos trajes, eran seguidos de sus respectivos lacayos; el brillo de sus encendidas antorchas se contaban muchas veces más de 400, ostentando idénticas libreas; seguían los carros triunfales llenos de vistosos adornos, luciendo entre verde ramaje los más extraños caprichos, y arrojando abundantemente entre la multitud gustosos confites.

Las diferentes escuelas de artistas agotaban su ingenio escogitando chocante novedad en sus comparsas, y consiguiéndolo hasta el punto de que muchas de ellas se han recogido en la historia, llegando hasta nosotros. En una ocasión se presentaron los triunfos de Pauló Emilio Bacacio Baldini nos habla de una genealogía escrita en 21 carros triunfales por los pintores florentinos: a este tenor las demás escuelas representaban siempre interesantes temas alegóricos ó de historia en medio de un lujoso aparato.

La costumbre de celebrar esta fiesta llegó a invadir hasta a los mismos religiosos, permitiéndose en esta época representar comedias, bailar y disfrazarse. Tan censurable abuso se cometió también por las religiosas, sustituyendo sus habituales trajes de mortificación y penitencia por otros elegantes y cortesanos y hasta por el calzón ajustado, el birrete de terciopelo y la espada al cinto.

Los Carnavales en Venecia eran famosísimos en 1094.



Cuanto decirse pueda del fastuoso lujo que en tales fiestas se desplegaba, es pálido al lado de los hechos que nos refieren las historias.

Prestábanse á ello las singulares condiciones que distinguen a esta poética población y las costumbres y el animado carácter de sus festivos hijos.

No es esto solamente lo que ha hecho tan renombrados los carnavales venecianos. La impunidad que disfrutaban los enmascarados en estos días; la expansiva comunicación que se establecía en las diversas clases sociales, y, sobre todo, las innumerables leyes dadas para garantizar su libertad, contribuyeron mucho á su animación y desenvolvimiento.

Castigábase con rigor el delito de arrancar el antifaz al enmascarado para conocerle, viéndose libre el ciudadano por una simple careta de las pesquisas inquisitoriales.

Confundíanse espontáneamente el pobre y el rico, el azacán y el fraile, el mercader y el dux; desaparecían las vallas que de ordinario separaban á la elegante y noble señora de la modesta mujer del pueblo; existía, en una palabra, una igualdad sin límites.

Cuando los venecianos vencieron á Ulrico, Patriarca de Aquilea, llevándole prisionero, le obligaron á dar al dux todos los miércoles de Carnaval doce cerdos y doce hogazas, y se hizo costumbre que, al siguiente día, se repartiesen al pueblo.

Hoy, las alegres danzas, las vistosas mascaradas y los singulares entretenimientos que tantos curiosos llevaba á la risueña Venecia, han desaparecido casi por completo. Frecuentes y desastrosas revoluciones la han dejado solamente, como dice Byron, pobres y tristes placeres.

Roma, en cambio, todavía sigue divirtiéndose como en sus mejores tiempos.

Durante ocho días, sus habitantes se entregan con indecible frenesí á los gozes que el Carnaval proporciona. En el Corso, ancha y hermosa calle de la población, se verifican carreras de caballos; las aldeanas de Frascati lucen sus graciosos disfraces; circulan en ruidosa confusión los rudos pescadores y los bateleros napolitanos entre las distinguidas damas; brillantes y ligeros carruajes atraviesan la población en todas direcciones, y una inmensa multitud, ávida de gozes, recibe á carcajadas una lluvia de golosinas que los enmascarados van arrojando á su paso.

En los pueblos del Norte se celebran también los carnavales con una esplendidez que suele aventajar á la que despliega la civilización de las ciudades del Mediodía.

En San Petersburgo se dilapida un capital en una sola noche en los frequentísimos bailes de máscaras. El dominó, su traje favorito, suele ser costosísimo y, por lo mismo, el de buen tono. Las clases menos acomodadas olvidan en este tiempo sus negocios y trabajos, pensando sólo en divertirse. Las borracheras son universales; este placer denigrante es el más apetecido por el pueblo ruso.

Un Carnaval en los pueblos de la Siberia sería monótono y frío como su región para los bulliciosos meridionales. Sin embargo, sus habitantes, colocados en sus trineos y sobre montones de nieve, beben con avidez para contrarrestar el hielo, que penetra hasta sus venas y tético aspecto de aquella yerba naturaleza. Hábiles patinadores, ostentan, en esta ocasión, su extraordinaria destreza, moviéndose con tal velocidad, que más bien que por su propio vigor, parecen llevados por invisible espíritu.

Lo mismo decimos de Suecia y de Noruega, en donde el Carnaval suele celebrarse á la luz de las teas sobre sus ríos congelados que reflejan en su cristalina superficie pálidos resplandores.

Inglaterra, á pesar del carácter glacial de sus inalterables hijos, tiene también bailes de máscaras, luciendo en ellos sus naturales los más inconcebibles disfraces, y dando en esto como en todo mascaradas y sorprendentes pruebas de su genio excéntrico.

París, jovial, ligero y festivo, es muy apropiado para estas fiestas, y en ellas se distingue por singulares disfraces, espontáneo resultado de su fecunda é inagotable inventiva. A pesar de esto, sus Carnavales de hoy no ofrecen, ni con mucho, el fausto y esplendor á que llegaron en tiempo de Catalina y María de Médicis; y en el reinado de su decidido protector y apasionado Luis XIV.

Otro tanto sucede en Madrid, donde el Carnaval ha perdido todos sus encantos.

En otros tiempos tuvo Reyes que le protegieron como Felipe IV, y Reyes que prohibieron sus regocijos como Felipe V.

Hoy, fuera de algunas estudiantinas que recorren las calles de la población, regularmente sin careta, la mayoría de los enmascarados suelen disfrazarse con percalinas de colores, sin pensamiento uniforme y sin idea que pueda darle carácter.

Después de todo, las máscaras van sensiblemente disminuyendo, siendo su número relativamente pequeño, para la inmensa multitud que inunda durante tres tardes los dilatados paseos del Prado y La Castellana; pero si su número decrece, su inmoralidad aumenta. El verdadero Carnaval empieza en la noche, y ora en las reuniones particulares, ora en los Teatros, el pueblo de Madrid baila, goza y se divierte.

Las gentes mejor acomodadas suelen reunirse á gozar en el Teatro de la Opera. Al día

siguiente, por inveterada costumbre, bajan al Prado á solazarse con las ridículas máscaras del pueblo; entonzes pueden apreciarse en sus pálidos y desencajados semblantes los excesos y los desórdenes del festín y el baile de la pasada noche.

Aunque á la ligera, esta es la historia del Carnaval. ¿Durará todavía mucho?

Lo que tarde la humanidad en convencerse de que las cumplidas satisfacciones sólo se encuentran en los honestos y moderados placeres.

Revista de la Prensa local.

El Día de Toledo habla de la raza felina, de cuyas habilidades nos equivocamos si no se propone usar contra nosotros por el refregón de la anterior semana. Déjese el colega de virulencias impredicadas y extrañas á sus habituales dulzuras y nada le diremos.

El Heraldo Toledano se ha vestido de máscara en su último número y le hace poca gracia la careta que representa la siguiente destemplanza:

nos iremos á un casino  
á café de confianza,  
pedimos un reservado  
y luego... luego, serrana,  
yo te pediré la cuenta  
y yo no pago, tú pagas....»

Jamás hubiéramos pensado que el Heraldo Toledano acogiera en sus columnas libertades sensuales de tanta bajeza. El verso es bien hecho, suelto, juguetón, fluido; fruto de imaginación fecunda; pero hiede, su licencia realista es inaguantable.

La Idea tampoco nos ha visitado.

CUARTO DOMINGO DE SAN JOSÉ

Podemos congratularnos, aun en medio de tanta inmoralidad, viendo á las personas piadosas acudir á la Iglesia de Dios á ofrecerle sus oraciones en compensación de las muchas ofensas que se le infieren en estos días de escándalo y desenfreno.

El último domingo se consolaba nuestro espíritu, contemplando el Carmen lleno de feales devotos que rogaban al Señor por sus hermanos extraviados; allí, á los pies del Santísimo Sacramento, manifiesto, y á los severos acordes del Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam, llenábanse los corazones de esperanzas consoladoras de perdón piadoso para todos; sí para todos, porque si alguno osa decir que no ha pecado, miente, como dice el Apóstol.

Ocupó la Sagrada Cátedra el P. Domingo, el cual, después de conminar las indignas farsas del Carnaval con elocuente y enérgica frase, recordó al ciego del Evangelio, y terminó su discurso recomendando á las madres la cristiana educación de su familia; sobre todo con el buen ejemplo.

Reciba el P. Domingo nuestros plácemes, como también toda la respetable Comunidad de los Carmelitas por su celo nunca desmentido al mayor bien de los fieles.

LÉASE

Porque lo breve que deleita, y enseña, y desilusiona, y adiestra, no es para desperdiciado en estos tiempos. Es de nuestro querido maestro El Correo Español; quien lo haya leído es seguro que nada perderá repitiendo la lectura: no es mucho repetir cien veces lo que debe repetirse mil.

«CARNAVAL PERPETUO

Nos referimos al de la política; ó, más exactamente dicho, al parlamentario.

En el llamado templo de las leyes es difícil encontrar una intención sin disimulo, un propósito sin disfraz, un rostro sin careta.

Ahora, en estos días, un tanto anormales en el Parlamento, se advierte mejor que en otros que vivimos en un régimen teatral y carnavalesco.

Pasemos revista á alguna de sus máscaras.

El Sr. Moret ama mucho de los principios que aman los republicanos y los catalanistas. El es un cantor de la libertad y un devoto de la democracia, según dice. El proyecto de las jurisdicciones le parece malo y tiene por uno de sus sacrificios el sostenerlo. Si esos son sus amores, ¿por qué los contraría? ¿Por qué se sacrifica por lo que no es su idea, ni su sentimiento, ni su aspiración? Sacrificarse reteniendo el Poder, contradiciéndose conservando el Poder, desertar de sus convicciones conservando el Poder.... bonita máscara y gran caricatura del sacrificio.

Veamos otro disfrazado: D. Antonio Maura, el superhombre ó Catón del liberalismo, opina muy malas cosas del proyecto que se discute. Su pensamiento, sin velos ni tapujos, lo manifestó en los pasillos de la Cámara baja. Su opinión es la de aquel magistrado que un tanto distraído respondía á cierta consulta:

«Por mí, que lo ahorquen.»

Pero es—le replicaron—que se trata de un campo de candelal.

—Bueno; pues por mí, que lo rieguen.

Pues este hombre que afirma eso; que tiene la convicción de que el proyecto más que eficaz

será contraproducente; que ha dicho que esta medida del Gobierno, como aquella otra de la suspensión de garantías, envenenará y no curará las llagas del supuesto antimilitarismo y del más supuesto separatismo, en vez de combatir con su palabra y con la de sus amigos, con su voto y con el de sus diputados, que son muchos y pueden, no ya estorbar, sino impedir, si se lo propusieran, que ese proyecto saliera adelante, se coloca la máscara que pudieramos llamar del gubernamentalismo y exclama: «Eso es malo, eso es detestable, eso es peor; pero á sabiendas de que es todo eso, lo votaré.»

Pero ¿y los demás diputados, con pocas excepciones? Con disfraz aparecen también en los escaños. Ahora sienten una gran irritación contra la minoría regionalista y parte de la republicana. ¿Por qué? Porque hacen obstrucción; porque, convencidos de que es mala, dificultad esa ley; porque no hacen oposición teatral; porque no se prestan á ser comparsas; porque no se limitan á discutir, pero á dejar pasar, ese proyecto absurdo.

Pues bien: lo que acontece ahora, si no se tratase de una oposición de fórmula, completamente ineficaz, debiera ocurrir todo el año. A lo que es malo se le debe cerrar el camino ó procurar cerrárselo por todos los medios reglamentarios. Al enemigo no se le combate gritándole desde la trinchera «eh, la causa que tú defiendes es malsísima», y dejando á renglón seguido que de la trinchera se apodere; se le combate hasta consumir el último cartucho, hasta caer herido ú muerto. Porque no se hace así pasan muchas leyes que no debieran pasar. Porque se hace todo lo contrario resultan teatrales y carnavalescas las cosas parlamentarias.»

Una fiesta útil.

Galantemente invitados por el Alcalde de esta capital Sr. Martos, hemos tenido el honor de presenciar la llamada Fiesta del Arbol, celebrada en los terrenos de la Vega Baja el sábado 24.

Al escribir estas líneas no tratamos de hacer una revista todo lo extensa y detallada que fiesta tan simpática merece; primero, por no permitirnos el corto espacio de que, para informaciones de este género, disponemos en un periódico que, como éste, es más bien que noticiero periódico batallador y político, y después, porque no creemos que la pobre y mal cortada pluma nuestra sea capaz de traducir de una manera clara todos los sentimientos de afecto, experimentados al presenciar fiesta tan conmovedora como lo es la que nos viene ocupando.

Sin embargo de lo desapacible de la tarde, la concurrencia era inmensa, viéndose todas las tribunas completamente llenas de personas de lo principal de Toledo y de muchas elegantes señoritas que, con su presencia, animaban y embellecían el acto.

Después de cantado por los niños un himno alusivo y de antemano preparado, los Sres. Gobernador, Martos, Medina y Abellan pronunciaron cortos pero elocuentes discursos, en los que demostraron su erudición y facilidad de palabra, recibiendo merecidos y prolongados aplausos.

Concluido esto, terminó la fiesta con las demás ceremonias de plantación....

La Fiesta del Arbol, en todos los países ya conocida, y ahora en Toledo inaugurada, es una fiesta hermosa y utilísima para las poblaciones que demuestran una gran civilización, y que, al inspirar á todos, y en particular á los niños, amor al arbolado, fomenta uno de los medios, y no el menor, de riqueza y de salud.

Reciba nuestro Ayuntamiento, como todo Toledo, pues á todos alcanzan los beneficios de tan útil fiesta, nuestra más cordial y sincera enhorabuena.

Aristarco.

Acción carlista.

Cansados estamos ya los carlistas de conocer y saber de memoria el pomposo estilo de las patentes de defunción que en mil ocasiones nos extienden los liberales, cuando sólo con este objeto quebrantan la estudiada é intencionada conspiración del silencio, que sobre todas nuestras manifestaciones de vitalidad tienen establecida sus audaces pregoneros: los rotativos españoles.

Lo mismo que el pájaro de la fábula, que cuando no quería oír escondía la cabeza entre las alas, no desconociendo la importancia de la acción carlista en la sociedad presente, tratan de desvirtuarla sin hallar para ello medio más adecuado que presentarla cubierta con la historia por sudario, y alumbrada por los cirios del pasado.

«El carlismo ha muerto—exclaman—es cosa de museo, ruina arqueológica; sus principios incompatibles con la realidad de los tiempos presentes quedaron estacionados ante el progreso social, y sólo existen como recuerdos que aparecen esfumados tras la sombra ya borrosa de la tradición.» ¡Vulgar patraña con que en vano pretenden engañar á quien piense!

Lejos de significar estacionamiento, la tradición es progreso, y no hace falta discurrir mucho para comprender que tradición tanto quiere decir como algo que se transmite de unos á otros y que por tanto, no queda quieto. Al seguir un pueblo su historia y perfeccionarse desarrollándose sobre la base de su tradición,

progresa, acomodando á sus circunstancias de actualidad lo que siempre ha cuadrado á su idiosincracia ó especial modo de ser, del mismo modo que el edificio asienta sobre su cimiento, el efecto descansa en su causa y el fenómeno en su ley. Sin tradición, sin cauce que recoja los principios y enseñanzas que nos legaron los que pasaron por el mundo antes que nosotros, no cabe perfeccionamiento.

No hay, pues, progreso sin tradición; y de aquí que los carlistas por ser tradicionalistas, seamos necesariamente progresivos.

Por esto el carlismo vive y vivirá siempre representando por derecho propio el ideal español y como protesta á un sistema que, aparte todos sus errores, lleva impreso como estigma de afrenta su antipatriótico abolengo. Los franceses fueron los primeros en hacer la adaptación á la política de la filosofía racionalista (que no es otra cosa el liberalismo), y un usurpador francés dió á España su primera Constitución liberal, que con variantes que no alteran la sustancia de su espíritu, viene rigiendo.

Prescindiendo ahora de enumerar los diferentes organismos, Círculos, Juntas, Prensa, representación en toda clase de Corporaciones, y demás Instituciones de que el Partido carlista se halla constituido y con las que influye marcadamente en la vida nacional, bien puede afirmarse que es el único de oposición radical y vida propia.

Nadie podrá encontrar la menor diferencia de doctrina ni siquiera de procedimientos, de gobierno entre el partido liberal y el conservador. El primero, llevando á las leyes todas las reformas en sentido avanzado, y el segundo, cuidando mucho de respetarlas cuando sube al Poder, vienen desde la Restauración aquí sucediéndose sin más razón que el escrupuloso y equitativo reparto de los panes de la cosa pública en provecho de las oligarquías turnantes.

También se me antoja un mito la distancia que separa á los liberales dinásticos de los liberales republicanos. Sus órganos en la Prensa concuerdan en la mayoría de los casos, algunos de sus personajes declaran en público la poca importancia que conceden á la forma de gobierno, mutuamente se solicitan para la obra común de liberalizar al pueblo, y se llaman eximios, ilustres patrios y hombres cuyo concurso resulta inapreciable para el servicio de la patria. Y la razón es clara; de instaurarse en España la República tendríamos un presidente con las mismas facultades, ó mejor dicho, con la misma carencia de facultades que un monarca constitucional, el mismo derecho político con todas sus ficciones y convencionalismos hipócritas, y la misma burocracia enseñoreada del Poder.

En cambio el carlismo, encastillado en la santa intransigencia de la verdad, tan distanciado se halla de los extremos más derechos de la dinastía como de los que más alardean sus radicalismos jacobinos. No hace aún muchos días que la pusilánime Epoca adulaba á Loubet y Rouvier y llamaba kabilismo á la adhesión que con motivo de la famosa visita enviaba la Prensa y corporaciones carlistas al Augusto prisionero del Vaticano.

Y esta nota de persistencia constante en la oposición á la iniquidad triunfante, es el más singular distintivo de nuestra comunión al mismo tiempo que la prueba más evidente de su virtualidad providencial. No muere el carlismo, mientras ceden y languidecen tantos, mientras tantos doblegan sus conciencias y sus sentimientos ante sus personales miras, existe una numerosa agrupación de hombres que en torno de un Augusto desterrado que sólo cuenta con la fuerza moral que dan la justicia y el derecho, demuestra que aún queda algo de la tradición de un pueblo grande en su historia, y considera timbre de honor y ejecutoria de nobleza seguir el camino escabroso del ostracismo y la senda penosa del sacrificio.

Tomás Domínguez Arévalo.

LLANTO DEL ALMA

(A la muerte de mi querido padre)

«Lux aeterna luceat ei.»

¡Tengo fe....

Tengo fe, y esto me basta para colmar mis aficciones y acatar resignado los juicios de Dios.

Tengo fe en otra vida más duradera que se presente y dibuja con todos sus detalles en nuestras creencias divinas; sólo fuera de nuestra Sacrosanta Religión, se comprende que el hombre se desespere ante las adversidades y desgracias.

Sin nuestra Religión, que es la única verdadera, no hay fe; abrazándose á ella de veras, nunca falta la esperanza, todo es vivificador consuelo.

¡Mi padre ha muerto! Yo alabo á Dios porque me hizo hijo de tan buen cristiano, y digo: ¡Bendito sea!...

No quiero, ni se debe, cantar lo que se llama grandezas humanas; lo que escribo son quejidos y lágrimas de gratitud que exhala mi alma.

La mayor dicha del hombre, en este mundo, es vivir y morir cristianamente; así lo hizo mi padre, así quiero yo morir.... esto me sirve de consuelo.

Yo le quería con toda mi alma; pero no lloro su muerte; lloro, sí, porque... es la primera vez que se ha separado de nosotros.

Le vi sufrir con paciencia la adversidades,



lamentarse de las flaquezas del prójimo y desahogar su corazón aliviando el peso de las desgracias. Así nos enseñó a vivir.

Cumplió como buen hijo, como su igual padre, como excelente esposo, fué útil a la sociedad y nunca tuvo enemigos.

No le conocisteis, pero yo os lo digo; nadie dudo de que era muy honrado.

¡Pobrecillo!... exclamé al verle resignado en su lecho de muerte; mas hoy digo: ¿quién sufre menos en este valle de miserias y de amarguras?...

«Sal de este mundo, alma cristiana», dije cuando comprendí que era llegado el instante supremo; besó la imagen del Redentor y quedé consolado cuando le vi entregar su espíritu al Creador, tan envidiablemente como había vivido. Así nos enseñó a morir.

Después... acerqué mis labios a su frente y estaba helada; llevé mis manos a su pecho y su corazón ya no latía; porque lloraban, quise llorar y no pude; mas quise rezar y mis labios se abrieron para la oración.

Con profunda veneración cerré aquellos ojos que tantas veces y en tantas ocasiones habían reflejado el intenso amor que nos tenía.

Y en sus manos, que él mismo había cruzado al disponerse a morir, puse un Crucifijo y las besé mil veces.

¡Ensancharé corazón y está tranquilo; ojalá que yo muera con tantos méritos como mi padre!...

Me preguntaron si le pondrían coronas de flores... de esas flores que el mundo labra con sus artificios; mas yo las desprecié y dije que él las tenía mejores, pues no hay corona más digna que la de la virtud, y esa adornó siempre su cabeza.

Tengo fe, y por eso no vivo de ilusiones... ¡Pobre del que no tiene fe y toma por oro lo que es sólo miserable óropel!...

La caridad es un bálsamo que mitiga la desgracia ajena, y la resignación cristiana el único lenitivo para la propia aflicción. Lo sé por experiencia.

Está escrito que todos hemos de morir; lo que importa es estar bien con Dios durante la vida, y sobre todo a la hora de la muerte, que ha de llegar.

Esta es una ley que no varía, porque no la hicieron los hombres; así lo prueba la experiencia; así lo afirman los Doctores y Padres de la Iglesia, y el mismo Dios en sus Santas Escrituras. Esta es la ley de eterna verdad.

Y ¿qué sería del hombre si no fuera por la muerte? Su destino es la felicidad y ésta no existe en la tierra.

Cada día que pasa es para el mísero mortal un nuevo desengaño en sus ilusiones de felicidad terrena... ¿A qué afligirse demasiado por que la muerte ejerza entre nosotros su providencial misión?

¡Ved aquí los consuelos de la fe cristiana. Por grandes que parezcan los estragos de la muerte, el corazón creyente los aminora pensando en la infalibilidad de los juicios divinos.

Mirad a la tierra y no veréis más que miserias y polvo deleznable; levantad los ojos al cielo, sólo allí es todo eterno y están separadas la tristeza y la alegría.

Muchas veces en la tierra se llama justicia a las injusticias de los hombres; pero los actos de Dios siempre son justos por excelencia.

Reyes y mendigos, naciones y pueblos, están separados entre nosotros por el tiempo o el poder; en la eternidad todos coinciden y son iguales.

Como pasan los años y los siglos, así pasan todas las cosas y se suceden unas a otras las generaciones y se acaban; las buenas o las malas obras permanecen; y es lo único que se nos tendrá en cuenta el día de la verdadera justicia.

Pasad, pasad, pues, alegrías y placeres que proporciona el mundo... Sois tan fugaces como los efectos del rayo, que en un instante mata y desaparece en el oscuro horizonte.

Mirad las cosas de la tierra sólo en lo que valen, y si es preciso con desprecio; tened resignación ante la adversidad, y no desesperarse por nada, confiar en Dios. ¡Eso no es vanidad, eso es tener fe!

¡Padre mío, descansa en paz como los justos; yo pido hoy para tí limosna de oraciones y así llora y se consuela mi alma!...

Eleuterio Nula y Grueso. Villanueva del Arzobispo (Jaén), Febrero 15 de 1906.

La Política

Escribo la palabra política en los momentos que una turba de insensatos pasa dando gritos por la puerta de mi casa, bajo el pretexto de que estamos en Carnaval.

Son unos infelices que se han echado a la calle resueltos a divertirse; y sin que nadie se lo pida, se afanan por demostrarlo, gritando desahogados como si estuvieran poseídos de un dolor profundo.

Tan débil y miserable es el hombre, sobre todo, con careta; que ni poder tiene para manifestar francamente sus propósitos; quiere estar alegre y su estado no puede ser más triste; ha pensado en divertirse y es la diversión de cuantos le miran.

Un contraste cuyo secreto hay que buscarlo en lo más recóndito del alma, nos enseña que la verdadera alegría se manifiesta llorando. Anunciad a una madre la próxima llegada del hijo que lloró perdido, y sus ojos verterán lágrimas de placer; como si durante la vida esta

mortal no pudieran manifestarse de otro modo los más puros afectos de nuestro corazón.

Ai contrario de los que están poseídos de cualquiera de esos malos sentimientos conocidos por los nombres de soberbia, ira, envidia, etc. Sus manifestaciones son destempladas como sus corazones; pero del mismo modo que las máscaras suelen producir efecto contrario con sus ridículas intemperancias ó sus malévolas insinuaciones.

Ejemplo: Un apasionado por las alimañas políticas, se enciende en lo que él puede llamar santa ira, si lo tiene por conveniente, al ver cogida con tenazas la que tuvo el honor de presentar a la consideración de Udes. en el número 15 de este semanario. Encendido, como digo, en ira, refiriéndonos que se encontró en la calle con una pobre sirvienta, menos simpática, por lo visto, que otras sirvientas, y la descerrajó a boca de jarro, sin premeditación, eso sí, pero con alevosía, un escogido repertorio de palabras cultas en que saltan envueltas unas cuantas intenciones de novillo corrido. Con lo cual, dicen, quiso vengar el agravio inferido a la pobrecita alimaña tan sin consideración expuesta a la vergüenza pública.

Y yo a eso me encujo de hombros, y digo: ¡Buena! ¿Preferes ser Petrus in cunctis a estar in albis?... Como tú quieras; pero te aconsejo que no te des a los berrinches porque suelen salir a la cara en forma de erupción mortificante, y no olvides que las maldiciones son como las procesiones.

Y ahora me apercebo de que pensé divertirme un rato con la política, y vine, sin darme cuenta de ello, a denunciar el hecho de haber salido a la palestra, sotto voce, por supuesto, un decidido partidario de las alimañas políticas.

Si estuviéramos en el año 1836, yo le recomendaría al gran Mendizábal para que le incluyera en la copiosa familia de alimañas políticas creada por él para el apoyo y triunfo completo de las instituciones liberales, sirviendo de base el cierre y la demolición de las casas religiosas que aún quedaban en pie, y el decreto de 19 de Febrero de dicho año.

Aquella gran familia se multiplicó, y cuando ya no tuvo a su alcance bienes de la Iglesia, recurrió a los bienes de propios, y cuando éstos fueron escaseando, se dedicaron a la usura y al asalto de los presupuestos municipales.

Y estos señores que tan honrosas profesiones ejercen, se dan a sí mismos el nombre de políticos y se adhieren a lo que llaman la política del Diputado tal, ó del Diputado cual; con cuyo procedimiento quedan impunes sus rapiñas, y son, a veces, víctimas de esa política tan desinteresadamente profesada en bien de su peculio y para ruina de los pobres pueblos.

Por eso a nadie produce asombro ver a un cacique de distrito poniendo todo su empeño en que entren a formar parte del Ayuntamiento de un pueblo, un deudor a los fondos municipales por valor de algunos miles de pesetas, un procesado por malversación de fondos municipales, un contratista de consumos que ya dió muestras de saber consumir a los vecinos a la sombra de una alcaldía, y un industrial que trate de alumbrar con luz, mucha luz, el municipio, y el pueblo todo, para que salgan de la obscuridad y no adquieran herrumbre los fondos de sus amores.

A eso se llama política y no hay fuerzas humanas que hagan entender a esta prostituida sociedad que eso no es política, sino sencillamente un arte de vivir a costa del común.

Como él del Villillo. Juan de la Calle.

Balanza del mal menor.

De veras robó un duro una vecina A otra que un pollo le quitó por chanza. Dos males desiguales, sin tardanza Vamos a ver el que el platillo inclina... —En el fiel permanece la balanza.

MÚSICA SACRA

El P. Hartmann y sus composiciones.

Honramos hoy nuestras columnas con el siguiente interesante artículo que el P. Clop ha tenido la atención de remitirnos desde Roma.

La experiencia de los tiempos todos nos enseña cuánta influencia ejerce entre los hombres el arte sublime de Euterpe y de Terpsicore. Una música grave, seria, majestuosa prepara las grandes acciones, predispone al heroísmo; la música frívola y afeminada, por el contrario, enciende las pasiones, pervierte las costumbres y arrastra fácilmente a los hombres a una vida mísera y sensual. Los filósofos de la antigüedad no cesaron de combatir la música afeminada de su época. El célebre legislador Licurgo prohibió a los Lacedemonios toda clase de canto que no fuese grave, digno y propio para contribuir a la educación de hombres valerosos. Los motivos de la decadencia moral de las generaciones contemporáneas, son realmente complejimos; pero es indudable que así la literatura como la música, contagiadas por el histerismo y la neurosis, contribuyen poderosamente a aumentar la desmoralización de los pueblos modernos. La intención explícita del Motu Proprio de Su Santidad Pío X es la reforma del arte sacro de la música religiosa; pero en cierto modo es como un corolario de la voluntad del Padre Santo la reforma de todos los géneros musicales entre los

fieles de toda la cristiandad. Cristianizar los espectáculos públicos, cristianizar los conciertos musicales, es cosa que no puede menos de entrar en los planes del Papa, cuyo emblema es restaurar toda las cosas en Cristo.

Así como existen en el lenguaje hablado ciertas expresiones lascivas inmorales, que no deben manchar jamás los labios de los fieles, hay igualmente en la música ciertos ritmos, ciertas sucesiones melódicas, que ayudan a la relajación del espíritu y no deben, por lo tanto, admitirse en los conciertos entre cristianos.

Procurar honesto solaz, inspirar sentimientos puros, apaciguar las concupiscencias, levantar el espíritu a serenas regiones é invitar a los hombres al cumplimiento del deber; este es el fin propio y genuino de la música y del canto, y a este fin deben dirigirse los conciertos para no desdecir de las verdaderas costumbres cristianas. De todos los géneros musicales, el que mejor corresponde a dicho fin, es el oratorio. Género semiépico, semidramático lírico-contemplativo, tuvo su origen en el Convento de San Felipe de Neri, en Roma. Primero se cantaban algunos himnos de Animuccia ó de Palestrina; pero muy luego los oratorios se convirtieron en representaciones escénicas, con la exposición simbólica de algún misterio ó hecho histórico de nuestra santa Religión, hasta que con sus pasajes de San Mateo y de San Juan dió J. S. Bach la última forma a este género musical, en el que puede el público gozar de un verdadero y grandioso concierto al par que alimenta su espíritu con la contemplación de un misterio santo. Con el pretexto de una mentida emancipación, sostenida sin ningún pudor por algunos pseudo-filósofos, las multitudes buscaron una distracción en la música ligera, apasionada y sensual. Ciertamente si Platón se levantase hoy de su tumba secular, de nuevo habría de escribir otro Plutarco: Stomachatur Plato. La música moderna habría de enojar al gran filósofo.

P. Eusebio Clop, O. M.

(Continuará.)

EXTRANJERO

Segue la resistencia.—De casi todas las regiones de Francia continúan llegando noticias de que la brillante resistencia de los católicos va en aumento.

En la mayor parte de las Iglesias de Bretaña no se ha podido cumplir la ínicua medida.

Los católicos se defienden valientemente de policías tropas, rechazándolas en varios pueblos.

Los Sacerdotes se niegan a abrir las cajas fuertes, y éstas han tenido que ser forzadas por los esbirros del Gobierno, dando lugar a verdaderas batallas.

El espíritu católico va apareciendo más vigoroso y más entusiasta a medida que la persecución continúa.

La Reina Natalia de Servia.—Entre las 2.000 personas que acudieron a la Iglesia de Santa Eugenia de Biarritz para oponerse al inventario de los objetos sagrados por el delegado del fisco, se hallaba la Reina Natalia de Servia, que permaneció firme en su puesto entre un núcleo de católicos cantando el Salve stella y Jesús christien, y sin probar alimento, consiguiendo, desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, que regresó a su quinta.

Espionaje indigno.—Según manifiesta la Revue du diocèse d'Annecy, varios prefectos de Francia han empezado a ejercer, respecto de los eclesiásticos, un espionaje semejante al llevado a cabo en el ejército con los oficiales católicos.

Agentes secretos están encargados de redactar datos relativos a los antecedentes de moralidad, ideas políticas y fortuna de los sacerdotes.

Aunque se ignora los fines que persigue el Gobierno con tan indigna medida, es de suponer que no será para nada bueno.

Monumento a León XIII.—Con el fin de terminar los trabajos para erigir el monumento que los obreros católicos están elevando al gran Pontífice León XIII, Su Santidad Pío X ha regalado a la Junta directiva de dicha obra un valioso Rosario (que perteneció a su inolvidable antecesor en el Pontificado) para que se rife y su producto se emplee en concluir el monumento.

Cada papeleta de esta rifa cuesta sólo una lira, y las personas que quieran tomar parte en ella pueden enviar el importe de las papeletas a Mons. Enrique Pezzani, en Roma (Via Monterone, 79), ó al Conde César Caterini, (plaza dell'Orologio, 7, Roma). El sorteo se verificará el día de San José del corriente año, fiesta onomástica del Santo Padre.

NOTICIAS GENERALES

DE ESPAÑA

Hojas contra un Prelado.—Dice La Española Cristiana, de Valencia:

«Por el Correo recibimos carta, en la que se nos anuncia que de un momento a otro se repartirá por las sacristías de Valencia y su diócesis, una gran partida ó remesa de hojas clandestinas impresas, conteniendo la vida y milagros del nuevo Arzobispo señor Guisasaola, y de las cuales se han repartido ya unos cientos entre los Sres. Curas de las Parroquias de la huerta valenciana. También se atribuye de paso la redacción y reparto de dichas hojas a dos personajes, que nombra por sus apellidos. Lamentamos de veras que se apele a procedimiento tan ruin contra un

Prelado; y cuyo proceder atribuimos a las sectas, aunque otra cosa se diga. Por supuesto: clandestinas habían de ser las repartidas y vanas hojas; porque la historia del dignísimo Prelado es por todos lados muy pura y limpia. Por consiguiente; las hojas dichas no son, pues, sino simple clandestinidad, fábulas y calumnias sectarias.

Clavara.—El día 14 del corriente se cumplió el primer aniversario de la muerte del incomparable periodista católico y estimado amigo nuestro don Adolfo Clavara y Garriga (q. e. p. d.).

Al recordar a nuestros piadosos lectores este aniversario les rogamos una oración por el alma del inolvidable escritor católico.

Hermosa conversión.—En el Hospital de San Rafael de Santander se ha reconciliado con la Iglesia, después de abjurar solemnemente sus errores y hacer una ferviente profesión de fe católica, don Miguel Martínez López, que figuraba en la masonería con el nombre simbólico de Marte, grado 33, y en el Consejo Supremo de la masonería española, con el número 25.

Después de algunas amigables conferencias con el virtuoso y muy discreto Capellán del santo Hospital y convencido el enfermo de que se acercaba su última hora, él mismo hizo llamar a un confesor, y habiendo recibido los Santos Sacramentos de la Penitencia y Santo Viático, cuando ya se hallaba en estado preagónico pidió la Extremaunción y aseguraba que aquellas horas eran las más felices que había tenido en su vida....

Gracias sean dadas al Señor por tan hermosa conversión.

El Sr. Obispo de Astorga en el Senado.—El reverendísimo Sr. Obispo de Astorga, que, como representante de la provincia eclesiástica de Valladolid, ocupa un asiento en la Alta Cámara, ha presentado un proyecto de ley concediendo determinados privilegios en la adjudicación de las subastas de Obras públicas a los gremios de obreros ó a las asociaciones de patronos y obreros. El proyecto tiende a evitar conflictos entre el capital y el trabajo, contribuyendo así a la pacificación social. Apoyado por el Excmo. Sr. De Diego en un elocuente discurso, fué tomado en consideración por el Senado.

Para asilos benéficos.—La celosa Junta del Santo Hospital de Caridad de El Ferrol, procedió a la lectura del testamento del finado Coronel de la Guardia civil D. Vicente Paz Godoy, que legó a los asilos benéficos de aquella población importante suma.

Según el testamento, el Sr. Paz Godoy deja en valores, con el indicado fin, 1.240.778 pesetas, cuyos réditos se repartirán entre el Hospital, Hospicio y Asilo de Ancianos.

DE LA CAPITAL

Han terminado las oposiciones a la Capellanía Muzárabe vacante, habiendo sido elegido el señor don Alvaro Cepeda, que llevaba doce años de beneficiado.

Reciba el Sr. Cepeda nuestra más cordial enhorabuena.

Suplicamos una Oración por el alma de la Sra. D.ª Sagrario Romanillos y Bautista-Abad; que ha fallecido cristianamente el 24 del actual.

Su muerte ha sido sentidísima por todo Toledo, en donde nadie desconocía sus virtudes y ardiente caridad a la que consagró casi toda su vida, siendo innumerables las obras piadosas que ha hecho y las necesidades que remediaba. Los pobres tenían una protectora que enjugara sus amargas lágrimas, y que hoy desde el Cielo pedirá por ellos y por todos a Dios Nuestro Señor Santo y bendito. R. I. P.

—En desagradío de las muchas ofensas que en los agitados días del Carnaval se hacen a Dios Nuestro Señor, se ha celebrado en la Iglesia de San Ildefonso de los Padres Jesuitas de esta capital, un solemnisimo Triduo que dejará eterno recuerdo en el corazón de todos los fieles que le han presenciado.

De la magnificencia, y devoción con que se han verificado estos cultos, creemos inútil hablar, pues bien demostrado tienen los Padres de la Compañía de Jesús el santo celo que les anima siempre que se trata de dar esplendor a todos los actos de nuestra salvadora y bendita Religión.

La sagrada Cátedra la ocuparon respectivamente, el Sr. D. Gabino Marqués y los Padres Francisco Javier Alcalá y Goni, ambos Jesuitas, pronunciando todos elocuentes y persuasivos Sermones.

—El grandísimo exceso de original nos ha obligado a retirar nuestro artículo La libertad y la igualdad, son principios que se contradicen?, dedicado a La Idea, y que Dios mediante publicaremos en el número próximo.

SECCIÓN RELIGIOSA

Cuarenta Horas.—Días 28 de Febrero y 1 de Marzo, Convento de Gaitanas; 2 y 3, Parroquia de Santa Leocadia; 4 y 5, Parroquia de San Marcos; 6 y 7, Colegio de Doncellas.

Iglesia de Padres Jesuitas.—El miércoles de Ceniza empiezan los ejercicios espirituales para sirvientas, dirigidos por el reverendo Padre Francisco Javier Alcalá.

El domingo 4 de Marzo, como último día, será la Misa de Comunión general a las seis y media de la mañana.

El lunes 5, por la tarde, comenzarán los mismos ejercicios para señoras, dirigidos por el ya mencionado Padre Alcalá, terminando el domingo 11, en la misma forma que los anteriores.